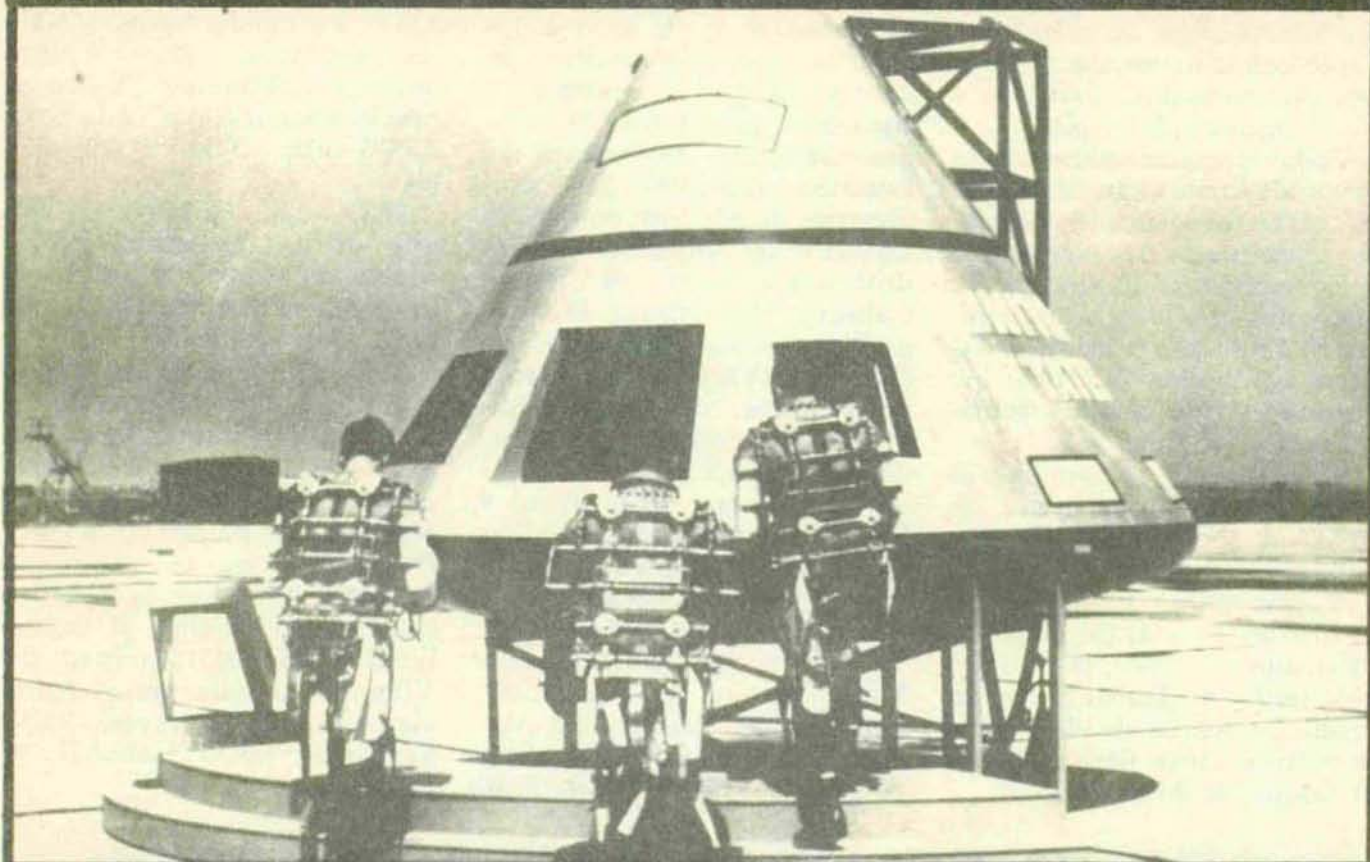


# Tom Wolfe y los astronautas:



## Angelismo americano

Eduardo Haro Ibars

**S**E podría comparar la civilización norteamericana, a una inmensa colcha de patchwork intelectual: retales en apariencia incongruentes, venidos de muy distintas procedencias que, unidos por la aguja de la costurera, forman un conjunto coherente. Ocurre lo mismo con todas las civilizaciones y culturas imperiales: a la Metrópoli acuden personajes de muy distintas procedencias, portadores de ideas y costumbres diferenciadísimas, unidas en un melting pot que ya debía existir en la Roma de los Césares, en el Egipto faraónico, en Asiria y en Babilonia. Luego, el mismo imperio se ocupa de envolver, con la resplandeciente colcha que ha tejido, a los pueblos de donde procedían los retales: y se produce así un incesante efecto de feedback, de realimentación constante. Volvemos a recibir lo que hemos dado, enriquecido por nuevos elementos, que asimilamos y lanzamos otra vez hacia fuera. Y así, el hispano Séneca se romaniza, y la filosofía estoica —romana— vuelve a Hispania ya adaptada, imperializada. El «genuino sabor americano», que aquí consumimos, en una mezcla de inventos de salchicheros polacos, filósofos y científicos alemanes, músicos afro-cubanos, novelistas judíos de ascendencia rusa o centroeuropea... Hasta españoles, como Xavier Cugat, Rita Hayworth —de verdadero apellido, Cansino—, y dicen que Walt Disney —dicen que el monstruo que estropeó los más bellos cuentos del mundo pasándolos a horribles imágenes cinematográficas, procedía de Mojácar—, a quienes se nos ha vendido como representantes de ese «sabor».



Tom Wolfe y el «nuevo periodismo».

«...quizás el Nuevo Periodismo no sea más que una de las manifestaciones de una nueva escritura que es posible ir rastreando en los más diversos contextos: la literatura experimental, la subcultura underground, el panfleto, la crónica, la jerga poética rock, los testimonio marginales y/o autobiográficos.» (1)

Quizás el Nuevo Periodismo no sea absolutamente nada. Nada más que el invento de un individuo genuinamente americano, llamado Tom Wolfe, que inventó la etiqueta para dar una supuesta dignidad literaria —que no necesita en absoluto— al periodismo de siempre, al buen periodismo. Para inventarse ese producto, o la etiqueta bajo la cual se nos vende, Wolfe se justifica con frases grandilocuentes, y nos explica que la novela tradicional americana no ha sabido asimilar y contar las convulsiones socioculturales que conmovieron a América, y al mundo, a partir de la década de los sesenta. Y sigue diciéndonos que fueron los periodistas —con él mismo a la cabeza— quienes sí lo hicieron, inventando un nuevo lenguaje, una



El astronauta John Glenn vuelve a la tierra tras un recorrido por el espacio de 130.000 kilómetros.

(1) J. L. Giménez-Frontín. Editorial del n.º 62 de la revista «Camp de l'arpa», dedicado al «nuevo periodismo».



Fotograma de «Los ángeles del infierno», de Roger Corman.





Leroy G. Cooper, primer norteamericano que ha viajado por el espacio en la cápsula del Proyecto Mercurio, fue sometido con anterioridad al experimento a pruebas de resistencia física, tales como la de la fotografía, en la que tenía los pies metidos en un recipiente con agua helada, mientras se le medía la presión sanguínea, así como también los cambios en el número de pulsaciones.

nueva forma de narrativa, a la vez realista e imaginativa (2).

Estas dos premisas son, básicamente, falsas: ante todo, hay que citar a novelistas como Mailer y William Burroughs, dentro de la corriente principal, ya Norman Spinrad o Phil Dick dentro de eso que se llama «ciencia/ficción» —y que ya puede empezarse a considerar una forma de nuevo realismo no/naturalista—, que sí han sabido contar, con un lenguaje nuevo y nuevas técnicas —entre ellas, muchas extraídas del periodismo tradicional, americano o no— una realidad social, cultural y política nueva: drogas, rock and roll, revolución estudiantil, avances técnicos y —sobre todo— la aparición de una nueva mentalidad, se encuentran en los trabajos de todos estos novelistas, y en los de otros muchos menos importantes, pero también válidos.

Por lo demás, el periodismo narrativo, tal como lo quiere Wolfe —tal como muchos nuevos periodistas americanos lo practican— es cosa bien conocida en Europa, desde hacía siglos: el mismo Mariano José de Larra, del que es posible que Wolfe ni siquiera haya oído hablar —pues, leyendo sus textos teóricos, se

puede observar una notable incultura o, todo lo más, una cultura de «Selecciones del Reader's Digest», hace unos artículos narrativos, donde cuenta la realidad social de su tiempo utilizando todas las técnicas narrativas que Wolfe califica de balzacianas. Y, en otro lado del espectro, Mesonero Romanos. Más adelante, tanto Ramón Gómez de la Serna como César González-Ruano, hicieron un excelente periodismo literario, para nada necesitado de adjetivos; periodismo de altura, que se publicaba en diarios, que llegaba a todo tipo de lectores, no sólo a los de revistas especializadas (3). Incluso, los elementos autobiográficos —la inclusión del periodista como objeto de aquello que escribe, y no sólo como mero espectador, no es nueva, ni siquiera en los Estados Unidos. Veamos lo que nos cuenta, si no, un «nuevo periodista» español, Julio Camba, en un ensayo sobre el periodismo americano, publicado allá por los años de la Primera Guerra Mundial: «Ante el criterio americano, más importante que la noticia es la manera como se obtiene. Supongamos que dos reporteros, uno del «Evening Post» y otro del «Evening Telegram», salen a averiguar el mismo suceso. El primero se mete sencillamente en el tranvía, llega al sitio que sea, habla con las personas con quienes tiene que hablar y obtiene la información deseada sin haberse gastado arriba de 50 centavos. El segundo comienza por disfrazarse. Luego alquila un aeroplano. Se fractura una pierna. Atropella a dos transeúntes. Soborna a un portero... Y este segundo reportero obtiene la misma información que el primero, pero de una manera mucho más accidentada y por un costo de 500 dólares (...). A los americanos, no sólo les parece mejor el segundo reportaje, sino que su noticia les parece más importante. Y es que, mientras el «Evening Post» no puede anunciar a sus lectores más que un muerto, por ejemplo, suponiendo que se trate de un crimen, el «Evening Telegram» anuncia un muerto y dos transeúntes heridos, y un aeroplano roto, y un portero sobornado, y un gasto de 500 dólares...» (4). Yo añadiría que el lector americano tiene razón, porque lo que se le da en segundo lugar tiene más gracia, más interés, y —posiblemente, si el redactor es bueno— mejor literatura.

No dudo del valor literario y periodístico de los artículos y libros de Wolfe —a esto volveré más adelante—; lo que rechazo categóricamente es el apelativo de «nuevo» para su periodismo. Y lo mismo hacen sus colegas, por él anto-

(2) Ver su prólogo a la antología «El Nuevo Periodismo». Anagrama. Barcelona.

(3) Me permito recordar al lector, distraído o joven, que Ramón Gómez de la Serna publicó durante años sus greguerías, surrealistas y vanguardistas a tope, en «Arriba», órgano oficial del Movimiento.

(4) Reportajes recogidos en el libro «Un Año en el Otro Mundo». Espasa-Calpe. Colección Austral.



logados, Hunter S. Thompson (5) o Terry Southern (6). Se trata, simplemente, de periodismo bien hecho, de técnicas narrativas interesantes. Y de una buena técnica de publicidad y promoción de lo que Wolfe hace. El «genuino sabor americano» nos ha sido vendido otra vez. Y resulta que no es, ni genuino, ni específicamente americano.

### «LO QUE HAY QUE TENER»

«Quien reza en el Espacio no está en el Espacio» (Williams. Burroughs.)

*Lo que hay que tener!* Así se llama —tanto el subrayado como el punto de admiración son míos, claro— el libro que publica Tom Wolfe en Anagrama. Y es que hay que tenerlos cuadrados para escribir un libro así. Exactamente trescientas cincuenta y cuatro páginas, para contarnos el entrenamiento, preparación física y moral, régimen alimenticio, costumbres y há-

(5) Thompson llama a lo que hace «periodismo gonzo». Su libro «Miedo y Asco en las Vegas», publicado en «Star» (Barcelona) es un buen ejemplo de la vigencia de la fórmula de periodismo americano que nos cuenta Julio Camba: no cuenta el suceso, sino su vida dentro de lo que sucede.

(6) A la rica marihuana y otros sabores». Anagrama. Barcelona.

bitos nada extraños, de los primeros astronautas norteamericanos. Se trata de un libro exhaustivo, pero que puede dejar también al lector tan exhausto como a su propio autor, sin proporcionarle los kilos de pasta que le ha dado a él. El señor Wolfe se ha pasado seis años viviendo con los compañeros, las esposas, los hijos y los vecinos de los primeros chicos americanos que ascendieron a ese lugar llamado espacio. Yo considero que no debería haberse tomado tanto trabajo para producir un libro bastante mediocre, poco crítico y sólo levemente interesante para el lector medio; sobre todo, para el lector español. Aunque, bien pensado, ahora que entramos en la OTAN, puede tener cierta gracia: nos puede enseñar que los militares funcionan igual en cualquier parte, y que ser astronauta en los Estados Unidos resulta, dentro de un estudio caracteriológico, bastante parecido a ser aquí teniente coronel de la Guardia Civil; que hace falta lo mismo —*lo que hay que tener*— para meterse en una astronave, que para entrar en el Congreso de Diputados y romper unas cuantas lámparas a tiros.

Wolfe empieza su estudio contándonos cómo es la vida de un piloto de pruebas americano: cómo se juega la vida día a día, ensayando prototipos de aviones, haciendo el «más difícil todavía» circense, por muy pocos dólares —nos



Cosmonautas de la Escuela de las Fuerzas Aéreas Soviéticas de Kachinek.

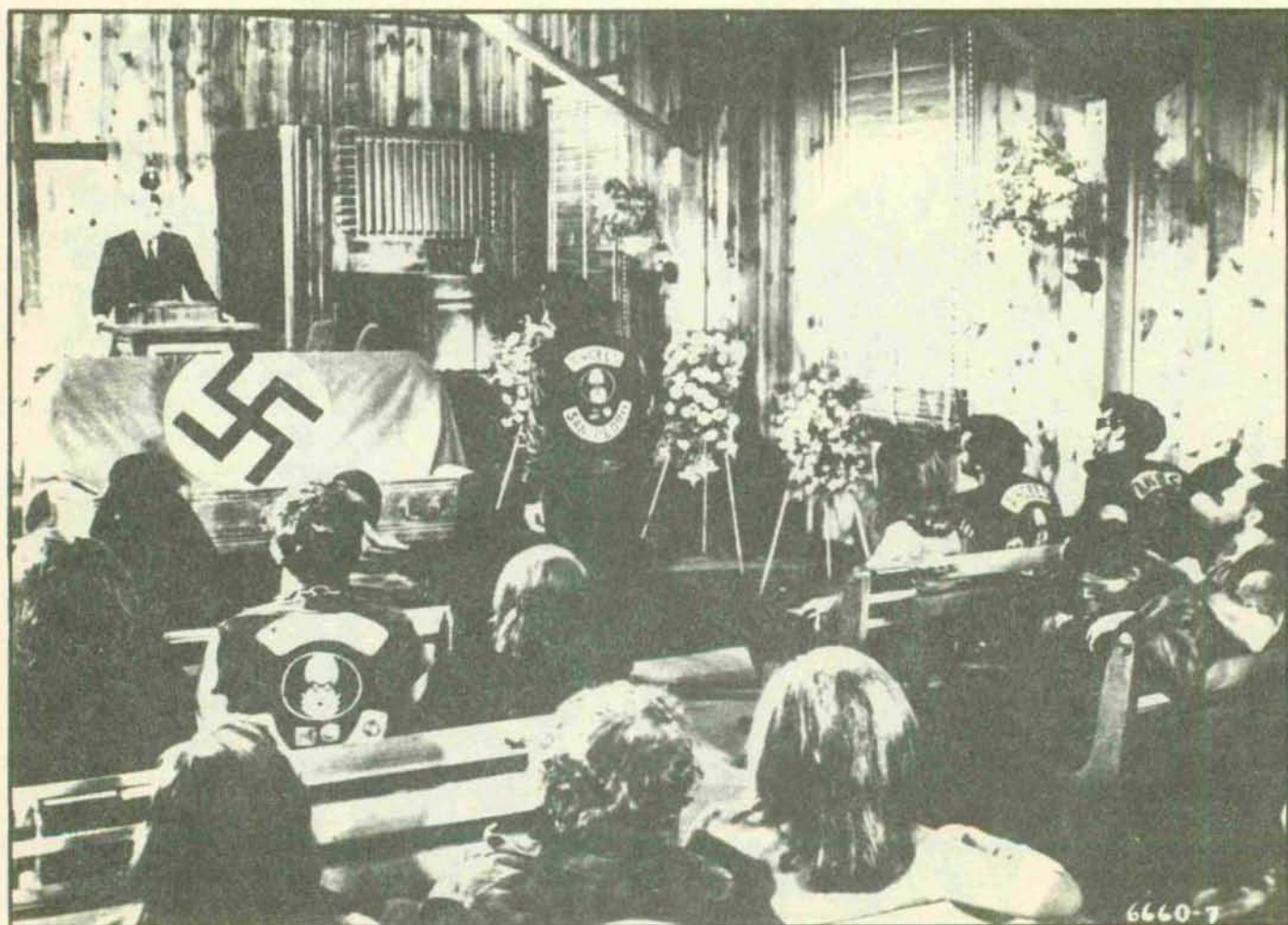


da el sueldo exacto de un oficial americano, y también el importe de los pluses que recibe por cada vuelo, claro— y, sobre todo, por la embriaguez de superar a sus compañeros, de hacer lo que nadie ha hecho nunca, de jugar a partirse la cara de continuo. Se trata de un canto al machismo descarado. Resume la vida de un piloto de pruebas en esta sencilla ecuación: «Volar & Beber y Beber & Conducir y Conducir & Joder». Nos cuenta cómo vivían —ahora, por lo visto, ya no es así (7)— los héroes de la aviación, y nos pone como ejemplo a Chuck Yeager, el primer hombre que cruzó la barrera del sonido, y que volvió de allá. Estos nombres resultan anónimos para la gran masa, como es normal, porque a la gran masa —es decir, a nosotros— no le interesa mucho hacer barbaridades; pero son objetos de culto para sus compañeros, los demás pilotos de pruebas, personajes engraidos y fanfarrones que se consideran más machos —sea esto lo que sea— que los demás, sólo porque se juegan la vida más a menudo, vuelan más alto y más deprisa, beben

(7) En el libro «La Caza del Gran Tiburón», publicado también por Anagrama, Thompson nos cuenta, en un artículo, su decepción ante los modernos pilotos de pruebas, ya más mecanizados y menos aguerridos que antes.

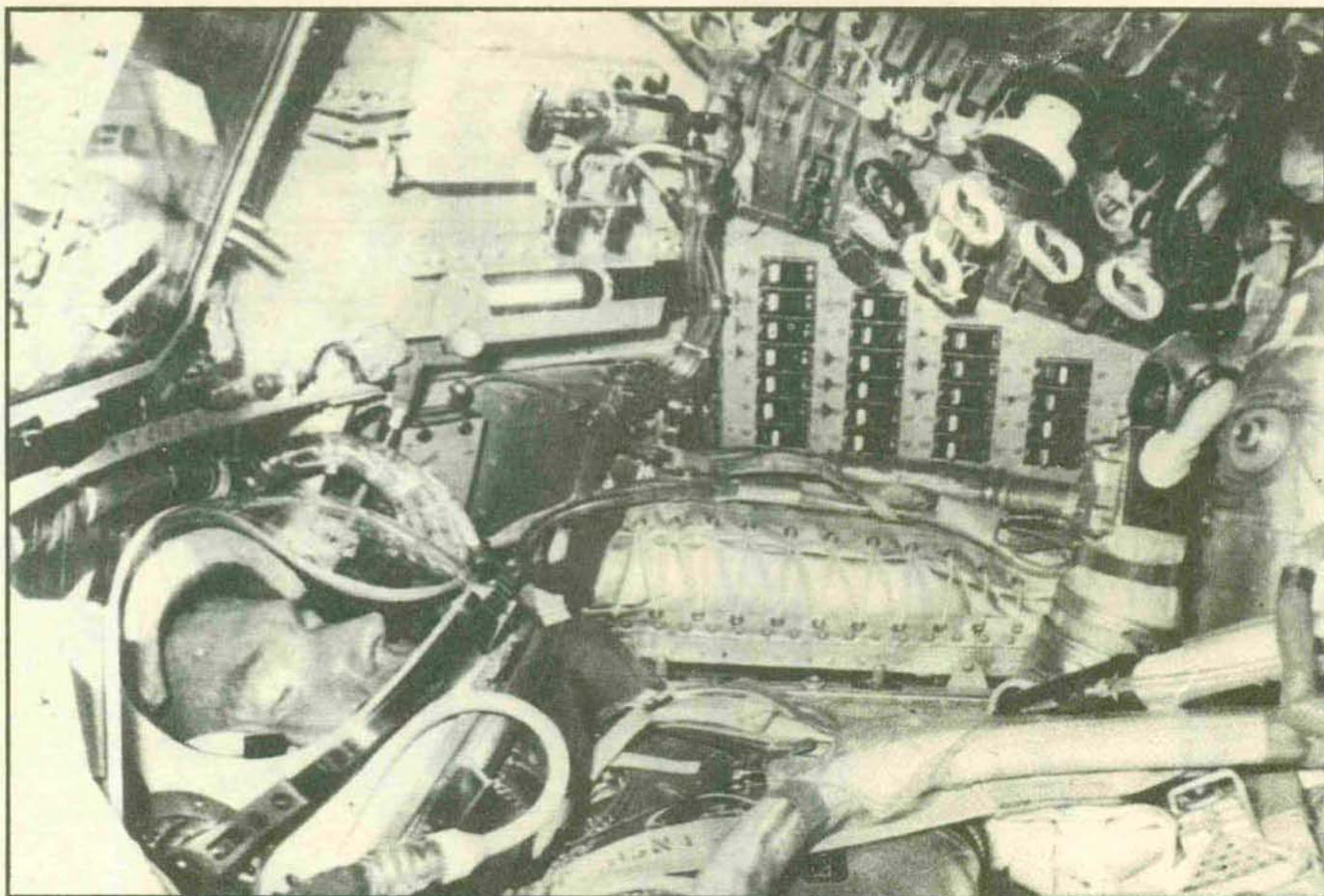
más y se tiran a más chicas que el resto de los despreciables mortales. Es el ideal de los pilotos de pruebas, de los viejos cowboys, de los gangsters de Nueva York y Chicago..., y también de los matones de barrio de Segovia o Almería. El ser más chulo que los demás es un factor condicionante de la personalidad, que las personas bien educadas tratamos de reprimir o sublimar, para no hacer —ni hacernos— daño. Creo, además, que está en la base del comportamiento habitual de todos aquellos que hemos dado en llamar «fascistas» por carecer de otro nombre mejor.

Los aguerridos pilotos de pruebas, que hubieran hecho las delicias de John Wayne y de otros miembros de la «John Birch Society», llaman «Tener Lo que Hay que Tener», a lo que aquí llamamos «ser más chulo que un ocho», o tener cojones, sencillamente. Y lo malo es que el moderno periodista Tom Wolfe admira esta cualidad, y demuestra así, a las claras, su condición de conformista, de fiel defensor del «American Way of Life», que empieza con el genocidio de los pieles rojas, continúa con la Ley Seca y el gangsterismo, sigue en la «conquista del espacio», y tiene su corolario en la guerra del Vietnam, y en las otras muchas guerras y guerritas que siguen a ésta.



Fotograma de «Los ángeles del infierno», de Roger Corman.





El astronauta norteamericano L. Gordon Cooper fotografiado en el interior de su cápsula espacial, «Faith 7», durante el último de los entrenamientos llevados a cabo con vistas a su lanzamiento, en el que realizó un vuelo de 22 órbitas terrestres.

## LOS ANGELES VUELAN

«Todo, antes que ver en el cielo una Luna comunista!» Dijo un político americano, con toda seriedad. Y se pusieron a trabajar en el asunto. Estúpida historia competitiva, lucha entre dos superpotencias que se pelean por poner una bandera en un pedazo de roca estéril. Así lo veo yo, pero no Tom Wolfe, ni tampoco los políticos americanos. Estos ven —y Wolfe también, en su libro, y lo cuenta así— la llamada «carrera espacial» como una etapa más de esa llamada «guerra fría», que no se ha acabado todavía, ni es tan fría como parece. El periodista americano hace una comparación histórica y bíblica, no tan disparatada como puede parecer en principio: la carrera espacial es el equivalente al combate entre David y Goliath: es decir, que dos potencias se enfrentan y, antes de hacer una guerra que podría costarles millones de hombres a cada uno, mandan a sus campeones a luchar en combate singular. Quien vence en este combate, puede considerar ganada la guerra; aunque, claro está, luego vendrá la masacre ejecutada por el bando vencedor, el paso a cuchillo de ciudades enteras, y todo lo demás. Pero el primer paso ritual es este. Así, los ex-pilotos de pruebas, convirti-

dos en astronautas, son los campeones del Imperio Americano en lucha contra los del Imperio Soviético. Son como Angeles del Infierno que hubieran subido al cielo. No al Espacio, no: al Cielo, al Cielo bíblico, porque América es el imperio de la Biblia.

«Somos Angeles y estamos en el Infierno!», grita Freewheelin' Frank, Secretario del Capítulo de los «Hell's Angels» de San Francisco (8). Y tiene razón: esta tierra es bastante infernal, y los marginados son como ángeles caídos: ángeles barbudos, sucios y brutales, cuya única solución para sobrevivir es hacer daño a los demás, y emborracharse —de sexo, de alcohol, de drogas o de velocidad, da igual— para olvidar su propio dolor. En principio, resulta difícil encontrar un parentesco entre los Angeles del Infierno, tan poco convencionales en su aspecto, y tan exagerados en sus costumbres, con los Angeles del Espacio: éstos son chicos limpios, que respetan las convenciones —hay, en el libro de Wolfe, un capítulo estremecedor donde

(8) Ed. Júcar, en la colección «Azanca» ha publicado las «confesiones de Freewheelin' Frank», recogidas por el poeta Michael McClure. Se puede consultar también el libro/reportaje de Hunter S. Thompson «Angeles del Infierno», editado recientemente en Barcelona.





Tom Wolfe.



cuenta como el astronauta Glenn, presbiteriano practicante, alecciona a sus compañeros para que dejen el sexo y el alcohol, porque son los representantes mundiales del ideal de vida americano protestante y puritano—, monógamos y sensatos. Pero si volvemos a los pilotos de pruebas, vemos que los intereses son los mismos en los dos bandos: «Correr & Beber y Correr & Joder». En el fondo, todo vuelve a reducirse a lo mismo: demostrarse a sí mismo que se tiene *lo que hay que tener*. Además, ambos sirven al mismo patrón: a pesar de sus frecuentes peleas con la policía, de sus borracheras y de sus robos, los Angeles del Infierno ayudan a disolver manifestaciones contra la violencia, parten la cara a los pacifistas cuando su país está en guerra, y se consideran como una especie de ejército, o como una orden de caballería, que es lo mismo. Y los astronautas vuelan para vencer al Enemigo, a la poderosa tecnología. Ahora, los supervivientes de los





Fotograma de «Los angeles del infierno», de Roger Gorman

Angeles del Infierno, se han cortado el pelo, se han puesto trajes y se dedican a los negocios, como cualquier gangster normal: venden heroína, o lo que se tercie, y viven con sus mujeres en barrios respetables. Y los aguerridos pilotos de pruebas tuvieron que pasar por todo un aparato condicionante —los laboratorios y hospitales de la NASA— para olvidarse, precisamente, de ese «lo que hay que tener», y dar la imagen de lo que siempre fueron: fieles peones de una maquinaria estatal bien engrasada, que funcionó siempre igual.

También cuenta Tom Wolfe esta historia: la lucha de un sistema para domar a esos salvajes, y de tales salvajes para no ser domados. Algunos volvieron a su situación de simples oficiales del Ejército Americano. Otros, perdieron tal vez «lo que hay que tener», pero se convirtieron en dioses, no ya del Olimpo particular al que estaban acostumbrados, sino del mundo occidental.

## Y, EL LIBRO ¿ES BUENO?

Cuando uno hace la crítica del trabajo de otro, tiene, en algún momento, que plantearse esa difícil cuestión. El libro de Tom Wolfe es bastante bueno: cuenta con precisión todo el proceso de fabricación de un astronauta, y lo sitúa en sus auténticas coordenadas sociales y políticas, en el marco de la guerra fría y de la competencia entre los Estados Unidos y la URSS para conseguir la supremacía en el espacio exterior. Vale. Pero resulta inquietante, por dos razones. Una, que a Wolfe le guste tanto el sistema fascistoide norteamericano, basado en la violencia y en la competitividad. La segunda, que se trate a toda costa de hacernos pasar a este caballero por el representante de una tendencia vanguardista, cuando en realidad podría, cambiándose un poco de aspecto exterior, ser un buen miembro del Ku-Klux-Klan. ■ E.H.I.